

un horizonte utilitario, por demás hipotético y mezquino, en su afán de amoldarse al gusto general, todavía ineducado, que ha de venir a convertirse en juez único de sus méritos por el hecho de pagar sus producciones, irá adaptándose insensiblemente a nuevas normas de expresión, cada vez más satisfactorias para el informe criterio del elemento consumidor, y cada vez más distantes de los cánones superiores del arte, de cuyas supremas leyes científicas y bellas éste podrá evadirse, pero para morir.

Lo perentorio, en nuestro embrionario mundo artístico, no es vender, sino adquirir. Nuestros pintores y escultores noveles, para llegar a ser los representantes conscientes del arte noble y puro que sus temperamentos han adivinado y sentido, han de atender antes a formarse y a ser comprendidos, que a debilitar sus aptitudes en los constantes intentos que han de realizar para atraerse el favor de un público privado todavía de un criterio definido en materias de arte; en una palabra, han de atender a enriquecer a éste, antes que a enriquecerse.

Mas, ¿qué estímulo ha de animarlos, qué ruta de perfección han de trazarse, voluntariamente, convencidos como están, de antemano, de que a su término no ha de brillar la estrella ideal de la gloria, en cuya luz habían creído, y cuya hermosura se han visto precisados a cambiar por la apariencia materializada de un interés tentador, pero mezquino?

La atracción del laurel simbólico es la única sugestión posible para el corazón del artista. Dadle, de un lado, la visión de una remota esperanza de gloria, y de otro la tangible realidad de una abundancia regalada y fácil, y arrancadle, al mismo tiempo, del alma la ilusión generosa de sufrir toda suerte de dolores por acercarse a la primera de estas apariencias; le vereis vacilar descorazonado, y ofrecer desde el fondo del alma todas las posibilidades de un bien material inmediato a cambio de seguir creyendo que podía, no ya llegar un día, sino aspirar a acercarse siquiera, orientándose hacia la cima del ideal inasequible, a la espléndida y consoladora luz que lo seduce.

¡Ah, no suprimais el dolor del mundo del arte, porque lo depravaréis y lo vereis arrastrarse al nivel general de cuanto nos cerca!

Nada cuesta más dolor que la gloria, pero no hay dolor más